

de uno el incendio de todas las regiones del globo, y sudan en
diversas idiomas fervientes plegarias hasta en trono celestial.
Yo os felicito, franceses, que desde Londres habéis venido al
Pilar, exclamando, como hace dos días: "ya no hay Pirineos". Yo
os saludo, fieles españoles, que del Pilar marcháis a Lourdes.
Yo os invito a todos a atravesar los mares y contemplar las maravillas
de la Guadalupe de Méjico, así como nuestro señor los ha
cruzado varias veces para venir a postrarse en la Guadalupe de
Extremadura, en la gruta de Lourdes, en el Pilar de Zaragoza.

"Nationes de longinquo ventantes afferunt gloriam et honorem
in illam. Adoremus ergo et nos unanimiter in loco ubi steterunt
pedes eius". La antigua liturgia del Pilar canta estas frases
al celebrar los divinos misterios. Hoy más que nunca podemos re-
petirlas, hoy que en este Congreso internacional de tantas nacio-
nes han venido a glorificar y a honrar a la Patrona de las Espa-
ñas. Adoremus, pues, señores en lágrimas de devoción el lugar
bendito que noliaron sus sagradas plantas.

Yo en particular, te bendigo, oh Virgen augusta del Pilar, por
que has permitido a este tu siervo que venga entre tantos pla-
cos adoradores. Al postrarme en este lugar santo se me figura
que el espíritu del Apóstol Santiago anima mis cansadas miembros
y que me rejuvenezco como el águila y empiendo mi vuelo hasta
las celestes alturas. Se apodera de mi ánimo suave delirio, y
sueño que acompaño a los discípulos del Apóstol en sus evangé-
licas empresas, que germamo mi sangre entre los innumerables mar-
tes de CésarAugusta, o en las filas del inmortal Pelator. Vanas
luchas! Pero no serán vanas mis plegarias, y estoy seguro que
te dignarás escucharme. Yo te ruego que, en la vista de España, con-
serves la fe que predicaste en este santo lugar: que perdones
las culpas que en la nueva nos ha hecho indigne de tu prote-
cción; que no dejes de obrar milagros en Lourdes para que la hija
primogénita de la Iglesia vuelva a ocupar su elevado puesto en
tre las naciones cristianas.

Bendice al católico Monarca que en medio de la epistola uni-
versal no se avergüenza de proteger a la religión y a la Iglesia
sua, a ejemplo de su grande antecesor el segundo Felipe, cuyo
avata Monarquía no falta para reconstruir en espíritu y en de-
seo, entre los que hemos venido de lejanas regiones que su sol
en un tiempo alumbró. Bendice a este Congreso y a la augusta
Princesa que lo ampara. Bendice al General Lagado, que tanto
lustra la nación, y protege y vivifica sobre todo al gran Forti-
fice Pio X, cuyo indio sacerdotil estamos celebrando. Brillen
para él y para la Iglesia un rayo de luz en medio de tantas am-
guras, y atestigüen nuestras plegarias sobre su soberana cabeza.
Los tesoros de bendiciones que de tu intercesión esperamos. Así
sea.

estaban en el templo, y se levantó el pueblo, y se puso a cantar.
Y se levantó el pueblo, y se puso a cantar.

Y se levantó el pueblo, y se puso a cantar.
Y se levantó el pueblo, y se puso a cantar.

1898, Mayo 31, 11, 15.

(1)

S E R M O N

PREDICADO EN LA SOLEMNE CORONACIÓN DE LA IMAGEN

DE NUESTRA SEÑORA DE GUANAJUATO,

EL 31 DE MAYO DE 1908.

.....

estaban en el templo, y se levantó el pueblo, y se puso a cantar.
Y se levantó el pueblo, y se puso a cantar.

estaban en el templo, y se levantó el pueblo, y se puso a cantar.
Y se levantó el pueblo, y se puso a cantar.

Dr. D. José María, Obispo de Méjico.

S E R M O N
PREDICADO EN LA SOLEMNE CORONACION DE LA IMAGEN
DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE
EL 31 DE MAYO DE 1808.

Y nuestra patrona, que se coronatur sui, et circumdata est gloria sua. (Rex) exilivit de solio... tulit auream virgam et posuit super collum eius."

El día tercero, dejó ella los vestidos de su adorno, y se atavió con los de su gloria... (El Rey) saltó del trono, tomó el cetro de oro, y lo puso sobre el cuello de Esther.

ESTHER, XV, 4, 11, 15.

(1)

Hace veintidós años, Venerable Hermano de León, que coronamos en Jacona a la Virgen de la Esperanza, inaugurando la serie de solemnes coronaciones que ha regocijado a los fieles de ambos hemisferios. "Coronamos", digo; porque aunque ni vos ni yo impusimos a la venerada imagen la diadema de oro del Capítulo Vaticano, sí contribuimos en primera línea al esplendor de la fiesta, cantando el uno los loores de Nuestra Señora de la Raíz, tañendo el otro al pie del altar el arpa y salterio del Profeta Rey.

De entonces acá, cuántas existencias ha segado la muerte. Pelagio Antonio de Labastida, Antonio Plancarte, ¿quién os substituirá en nuestros dos agradecidos corazones, y en la Iglesia de Méjico que parece que en tantos años no ha dejado el manto de la viudez? Pero aunque desaparecieron de este valle de lágrimas, no se han borrado las huellas de tan esclarecidos varones y aún dura el ímpetu del movimiento religioso que supieron imprimir a la sociedad mejicana, después del cataclismo que parecía haberla convertido en cadáver.

Aquí están, como prueba patente, las imágenes recién coronadas de Guadalupe, de San Juan, de la Luz, de la Salud; la de la Soledad, que pronto recibirá iguales honores, y nuestra augusta patrona, a quien hemos venido a glorificar. El mismo pensamiento que animaba a nuestros dos ilustres compatriotas, inflamó a insignes personajes de la América del Sur, de Francia, de Italia y de España; y en esta década ha habido mayor número de coronaciones, que en cualquiera otro siglo.

Lo extraño es que se han dejado paralo último, precisamente las imágenes más antiguas y más veneradas. Hace apenas tres años que se coronó la del Pilar de Zaragoza. Hasta el año entrante, si acaso, se tributarán iguales honores a la de Guadalupe de Extremadura, cuya efigie adornaba el estandarte de Don Juan de Austria en Lepanto, y el de Cortés en Otumba; a cuyas plantas firmó Isabel la Católica el decreto en favor de Colón para el descubrimiento del Nuevo Mundo.

(1) El Ilmo. Sr. Dr. D. José Mora, hoy Arzobispo de Méjico.

"Die autem tertio, deponit vestimenta...
ornatum sui et circumdata est gloria eius.
(Rex) exiit de solio... tulit auream vir-
gam et posuit super collum eius."

En día tercero, dejó ella las vestidas...
de su adorno y se vistió con los de su...
gloria... (El Rey) salió del trono, tomó el...
cetro de oro, y lo puso sobre el cuello de...
Esther.

ESTHER, XV, #, 11, 12.

(1)
Hace veintidós años, Venerable Hermano de León, que coronamos
en la catedral de la Virgen de la Esperanza, inaugurando la serie de
solares coronaciones que ha regido a los fieles de ambos
hemisferios. "Coronamos", digo; porque aunque ni vos ni yo im-
ponemos a la venerada imagen la diadema de oro del Capitán Vati-
cano, al coronarnos en primera línea al esplendor de la fies-
ta, cantando el uno los laudes de Nuestra Señora de la Salud, ta-
mando el otro al pie del altar el arpa y salterio del profeta
Rey.

De entonces acá, cuántas existencias ha segado la muerte. Pe-
ro Antonio de Labastida, Antonio Planca, y en la Iglesia de-
claró en nuestros dos agraciados corazones, y en la Iglesia de-
México que parece que en tantos años no ha dejado el manto de la
vidua; pero aunque desaparecieron de este valle de lágrimas, no
se han borrado las huellas de tan esclarecidos varones y aún de-
ra el ímpetu del movimiento religioso que auparon imprimir a la
sociedad mexicana, después del catolicismo que parecía haberla
convertido en cadáver.

Aquí están, como prueba patente, las imágenes recién coronadas
de Guadalupe, de San Juan, de la Luz, de la Salud, la de la So-
ledad, que pronto recibirá iguales honores, y nuestra augusta
patrona, a quien hemos venido a glorificar. El mismo pensamiento
que animaba a nuestros dos ilustres compatriotas, inflama a in-
fines personajes de la América del Sur, de Francia, de Italia y
de España; y en esta década ha habido mayor número de coronacio-
nes, que en cualquier otro siglo.

Lo extraño es que se han dejado para lo último, precisamente
las imágenes más antiguas y más veneradas. Hace apenas tres años
que se coronó la del Pilar de Zaragoza. Hasta el año entrante, si-
guiera se tributarán iguales honores a la de Guadalupe de Extre-
madura, cuya estigie coronaba el estandarte de Don Juan de Au-
tría en Lepanto, y el de Cortés en Oltumba; a cuyas plantas tímido
había la Católica el decreto en favor de Colón para el descu-
brimiento del Nuevo Mundo.

(1) El Ilmo. Sr. Dr. D. José María Arce, hoy Arzobispo de México.

Y nuestra patrona, cuya imagen es tan antigua como la que aca-
bo de mencionar, que estuvo como aquella, sepultada durante la
dominación musulmana en la vieja España y como ella también "re-
suscitó" (si así puedo expresarme), para recibir nuevo culto al
triunfar nuestro Rey Jesucristo; la imagen de nuestra patrona,
que no reconoce otra mayor por su antigüedad en este hemisferio,
parece que se quedó olvidada, y que por segunda vez se le ha ex-
humado a la hora undécima para poner la corona en sus sienes.

Qué significa este arranque de amor que ha hecho a la genera-
ción presente pedir tantas coronas, y el olvido aparente de las-
que nos han precedido? Por ventura sólo nosotros reconocemos a
María por nuestra Reina y Señora? Por acaso no la veneraban como
tal nuestros antepasados?

Que no nos pase por la imaginación semejante pensamiento. Rei-
na coronada era desde hace siglos nuestra patrona, y mil y mil
veces desplegó en favor nuestro su regio poder. Pero así como --
Esther, reina ya y favorecedora del pueblo judío, cuando éste se
vió en peligro, dejó sus atavíos ordinarios y se revistió de ri-
quísimo manto; así como se acercó al Rey Asuero en actitud supli-
cante, y éste la tocó con su cetro, coronándola, por decirlo así,
una segunda vez, confirmándola en el trono y confiriéndole nue-
vos poderes para socorrer a sus compatriotas; así la Virgen San-
tísima, al ver la tempestad desencadenada en todo el mundo sobre
los discípulos de su Hijo divino, ha llegado a su presencia a pe-
dirle nuevos favores, y su Augusta Majestad le ha confirmado la
dignidad de Reina que ya poseía sobre sus súbditos de Francia y
de España, de Italia y de la América del Sur, de México en gene-
ral y de nuestra ciudad en particular. Esto significan las dia-
demas que, por delegación y a nombre del Sumo Pontífice, ha en-
viado el Capítulo Vaticano a tantas imágenes insignes. Esto sig-
nifica el patronato recientemente concedido a quien era ya nues-
tra Augusta Patrona. Mostrároslo como Reina y protectora nuestra
desde hace siglos; indicarnos los nuevos deberes que nos incumben
en lo porvenir, será el tema del presente discurso. Quiera el --
Señor que no resulte indigno de nuestra venerada patrona! Digne-
se ella misma interceder por nosotros.

labios como para darle las gracias, no pudo contenerse, y dándo-
le un golpeito con el martillo: "habla", le dijo, "habla", y --
este "habla" sigue resonando a través de los siglos.

La que hizo Miguel Ángel, hijo favorito de su genio in-
mortal, repite el cristiano cada día con las imágenes predilec-
tas de su Reina y Señora María Santísima. Toda la representación
igualmente; pero unas son más perfectas que otras, y algunas tie-
nen mayores recuerdos; como sucede, por ejemplo, tratándose de
retratos profanos, con la miniatura de la madre querida, que ho-
redamos de un padre y le arrancamos de su pecho al cerrarle para
siempre los ojos.

En este sentido, pues, e imitando a Miguel Ángel ante su Moi-
sés, yo apunto a la imagen que acabamos de coronar, y le di-
go:

Y nuestra patrona, cuya imagen es tan antigua como la que sea
de memoria, que estuvo como aquella, esculpada durante la
dominación musulmana en la vieja España y como ella también "re-
surgió" (así quedo expresarme), para recibir nuevo culto al
triumfar nuestro Rey Jesucristo; la imagen de nuestra patrona,
que no reconoce otra mayor por su antigüedad en este hemisferio,
parece que se quedó olvidada, y que por segunda vez se la ex-
humado a la hora magna para poner la corona en sus sienes.

Que significa este arrendar de amor que ha hecho a la genera-
ción presente pedir tantas coronas, y el olvido, aparente de las
que nos han precedido? Por ventura sólo nosotros reconocemos a
María por nuestra Reina y Señora? Por acaso no la veneraban como
tal nuestros antepasados?

Que no nos pase por la imaginación semejante pensamiento, Rey
na coronada era desde hace siglos nuestra patrona, y así y así
veces después en favor nuestro su regío poder, pero así como
Eather, reina ya y favorecedora del pueblo judío, cuando éste se
vió en peligro, dejó sus atavíos ordinarios y se revestió de
plumino blanco; así como se acordó al Rey Acazo en acción
ante y éste la tocó con su cetro, coronándola, por decirlo así,
una segunda vez, confirmando en el trono y confirmando a
sus poderes para ocurrir a sus compatriotas; así la Virgen San-
tísima, al ver la tempestad desencadenada en todo el mundo sobre
los discípulos de su Hijo divino, ha llegado a su presencia a pe-
dirle nuevos favores, y en Augusta Majestad le ha confirmado la
dignidad de Reina que ya poseía sobre sus súbditos de Francia y
de España, de Italia y de la América del Sur, de México en gene-
ral y de nuestra ciudad en particular. Esto significa las di-
versas que, por designación y a nombre del Sumo Pontífice, ha en-
viado el Pontífice Vaticano a tantas imágenes santas. Esto sig-
nifica el patronato recientemente concedido a quien era ya nues-
tra Augusta Patrona, Mostrando como Reina y protectora nuestra
desde hace siglos; indicarnos los nuevos deberes que nos incumben
en lo porvenir, será el tema del presente discurso. Quiera el
Señor que no resulte indigno de nuestra venerada patrona! Digna-
se ella misma interceder por nosotros.

AVE MARIA.

I
"habla". Dices que... has estado...
que tienes la existencia, como atravesaste los mares y flujos...

Si se hubiera verificado esta ceremonia hace medio siglo, in-
útiles serían las admoniciones que voy a proferir. Entonces se
componía esta ciudad de un puñado de familias, en derredor de
las cuales se agrupaba lo que los antiguos Romanos llamaban
"clientela". A todos unían los lazos de la parentela, de la fra-
ternidad y, sobre todo, de la religión y de las comunes creencias.
Entonces, sin miedo de que se dieran a sus palabras torcidas in-
terpretaciones, podía el orador dirigirse sin vacilar a la ima-
gen de nuestra excelsa Patrona, y tributarle el homenaje de su
fe y de su amor con esos dulces epítetos y tiernos requiebros,
tan usados por los santos, especialmente en la católica España.

Hoy todo ha cambiado, y es preciso empezar recordándoos las
palabras del Exodo, en que el Señor manda que se construyan dos
querubines de oro, de uno y otro lado del Arca del Testamento.
Preciso es recordaros que los católicos no oramos ante las imá-
nes de los santos, a guisa de idólatras que se figuran que el
mármol o la madera pueden escucharlos. Las ponemos delante de
los ojos para evitar distracciones en nuestras plegarias, y para
que más vivamente presenten a nuestra imaginación los héroes ce-
lestiales cuyo retrato son, o se ha procurado que sean.

En este sentido la Iglesia, desde que nació del costado abier-
to del Salvador, ha autorizado el culto de las imágenes. De igual
manera, como en la antigua Ley el templo de Jerusalén, era el lu-
gar escogido por el Señor para que se congregaran sus hijos, así
en el Nuevo Testamento ha señalado ciertos santuarios para que
en ellos sea venerado su nombre con culto más especial, y se ado-
re con más fervor a su Santísima Madre.

Cuéntase de Miguel Angel, que al terminar la estatua del Moi-
sés que había labrado su cincel divino, se quedó extasiado con-
templando la obra de sus manos. Admiró de pies a cabeza su obra-
maestra; y al ver brillar aquellos ojos, a pesar de su blancura,
y flotar al aire la barba, aunque de mármol, y entreabrirse los
labios como para darle las gracias, no pudo contenerse, y dándo-
le un golpecito con el martillo: "habla", le dijo, "habla", y
este "habla" sigue resonando a través de los siglos.

Lo que hizo Miguel Angel con el hijo favorito de su genio in-
mortal, repite el cristiano cada día con las imágenes predilec-
tas de su Reina y Señora María Santísima. Todas la representan-
igualmente; pero unas son más perfectas que otras, y algunas tie-
nen mayores recuerdos; como sucede, por ejemplo, tratándose de
retratos profanos, con la miniatura de la madre querida, que he-
redamos de un padre y le arrancamos de su pecho al cerrarle para
siempre los ojos.

En este sentido, pues, e imitando a Miguel Angel ante su Moi-
sés, yo apostrofo a la imagen que acabamos de coronar, y le di-